

Junta de Vecinas N°91

Antonin Barraza Garrido¹

barraza.garrido2001@gmail.com

Junta de Vecinas N°91, de la Compañía teatral La Punto Cruz, se presenta como una carta de invitación a recordar la historia barrial, familiar y personal, a través del imaginario popular chileno. En este contexto, si entendemos la cultura como un sistema de signos visuales, auditivos y gestuales, que son utilizados como herramienta de comunicación y, enmarcamos a esta obra dentro de este concepto, reconocemos que utiliza el contexto cultural chileno como vehículo para recordar, reflexionar y conectar con la audiencia.

La pieza presenta a cuatro mujeres vecinas que se reúnen el 5 de febrero de 1991 para ver al joven cantante Chayanne, en su presentación en el Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar. Durante la jornada, entre risas, bailes y algunos tragos, se produce una pelea entre dos de ellas debido a las deudas de la junta vecinal, lo que lleva a la Soa Lucy, dueña de la casa y presidenta de la junta de vecinos, a “echar cascando” a cada una de las vecinas. Un mes después de este suceso, el grupo logra reconciliarse en torno a las votaciones para elegir la nueva directiva de la junta. Durante la organización de las elecciones, se descubre que ninguna de las cuatro ha terminado el colegio, lo que revela una realidad transversal que vivían por ser pobres y ser mujeres. Frente a esto, en el día de las elecciones presentan el proyecto de creación de una escuela nocturna vecinal, con el fin de dar a todas las vecinas y vecinos la oportunidad de terminar sus estudios.

Las protagonistas son: la Soa Lucy, actual presidenta de la junta de vecinos N°91 del Cerro Monjas, una mujer rígida, antigua, machista y, sobre todo, bondadosa y justa. Nenita, madre soltera, nacida en el campo, con un acento ahuasado, algo tosca y con un “diente largo”, pero también amable, servicial, sencilla y leal. Chela Ponce, una vieja pituca, pillita, siútica y con más deudas que todo el barrio junto. Y Myriam Hernández, la más joven, nana de una casa acomodada en Viña del Mar, siempre bien vestida, organizada y proactiva, aunque impuntual. Estas mujeres a pesar de ser muy distintas entre sí, comparten un fuerte sentido de comunidad. Aunque al principio resulta extraño que estas vecinas, con diferencias de edad, oficios y personalidades, se reúnan, esto se va aclarando a medida que avanza la historia, exponiendo que se deben a dos factores: primero, por Chayanne, y segundo, por un deseo de pertenencia.

Desde el principio, la obra establece un espacio de recuerdo colectivo. Al entrar a la sala Aldo Francia, se escuchan canciones como *Puré de papa* de Cecilia, *Amiga* de Miguel Bosé y *En carne viva* de Raphael, creando una atmósfera

1

Egresade de cuarto año carrera de Teatro, Universidad de Playa Ancha.

sonora que remite a la radio Imagina y radio Festival. La escenografía, que se levanta sobre la tarima, representa el patio de la Soa Lucy con paredes de lata, rejas de madera, un lavadero en la pared, una centrifugadora vieja que apenas funciona, una mesa con sillas de escuela, un mantel plástico, un juego de vasos con jarra de distintos modelos, y un calendario del año 1991 con una foto de Chayanne en traje de baño. Así, el montaje se presenta como un cúmulo de memorias, o un “mal de Diógenes” de recuerdos, que, aunque rememora un momento específico en un día y lugar, se expande transversalmente a lo largo de los años de las realidades pobres chilenas, o al menos de la zona central del país.

Este conjunto de elementos, sumado a la presentación de los personajes, sus formas de hablar, vestuarios, gestos y el lenguaje coloquial, conforman un resumen de la mujer chilena barrial, particularmente de aquella época, pero con una extensión que llega hasta la actualidad. El público, mayormente compuesto por personas mayores, reía constantemente con estos elementos de la cultura popular chilena, donde también se encuentran el reunirse a ver el Festival de Viña, tomar pisco *sour* y cola de mono, comer completos, así como las formas de relacionarse entre ellas, con el cahuín y la copucha. Esto refuerza que esta obra, aparte de ser una oda a la nostalgia y a la cultura popular, también busca establecer una conexión y unión entre la compañía y el público. Lo anterior se refleja, en que antes de comenzar la función, el técnico Andrés Pérez Rojas, realiza la bienvenida diciendo que el público “disfrute, la pase bien y se cague de la risa”, esto trae carcajadas entre las, les y los asistentes, al mismo tiempo que forma cercanía por el lenguaje coloquial que emplea.

Con ello, el sentido de pertenencia, la reunión y la identidad, son conceptos que se van presentando en el montaje. Esto no solo se encuentra en lo chistoso o la “picardía” chilena, sino que también en las problemáticas de clase, de género y de educación, que envuelven las vidas de las protagonistas. Paulatinamente se van entregando atisbos de estas entre las conversaciones de las vecinas, como el secreto a voces de la homosexualidad del Jhonny, hijo de la Soa Lucy; o de la familiar relación que tiene Myriam con la familia con la que trabaja, pero que para ellos es la empleada solamente; también en lo difícil que es para la Nenita poder comprar los uniformes escolares de sus hijos, por ser madre soltera y tener bajos sueldos. Estos componentes salen a relucir con mayor potencia, cuando las vecinas se enteran que la Chela Ponce no sabe leer ni escribir, destapando la realidad de que todas habían sufrido privación o interrupción escolar, por ser mujeres, por tener que trabajar o por casarse. Al descubrir esta realidad, las amigas se unen más, lo que las impulsa a crear una escuela vecinal para adultos. Esta acción eleva la importancia de la participación vecinal, y como las organizaciones sociales y juntas de vecinas y vecinos son relevantes para lograr cambios sociales.

Este montaje, nace tras los trabajos informativos, artísticos y sociales, que la compañía realizó desde el año 2012 en conjunto con organizaciones funcionales y territoriales, y juntas de vecinas, siendo estos grupos, inspiración para crear la obra. Esto es algo que se menciona al final de la función, para dar un reconocimiento a las dirigentes sociales de Valparaíso.

Junta de vecinas N°91 nos trae el recuerdo de nuestras propias vivencias, evocando a nuestras madres, tías, abuelas y vecinas. Al mismo tiempo que presentan la importancia del cariño, la amistad y la comunidad como actos de suma importancia para la resiliencia y resistencia social.

Ficha técnica

Dirección general y artística: Compañía Teatral La Punto Cruz/ Dramaturgia: Daniel Silva Escobar/ Producción: Jenny Cortés Zavala - Estefanía Aedo Gutiérrez / Intérpretes: Jenny Cortés Zavala - Camila Martínez Varas - Estefanía Aedo Gutiérrez - Daniel Silva Escobar/ Fotografía: Valentina Cabeza / Teaser: Carolina Pizarro / Registro obra teatral: Alexander Cádiz / Diseño gráfico y dossier: Camila Martínez Varas y Yerty Rojas / Construcción escenográfica: Pablo Osorio / Diseño técnico: Andrés Pérez Rojas.